

Rompiendo el silencio sobre la Revolución Haitiana

Por *David V. TROTMAN**

AYTI, SAINT DOMINGUE, HAYTI, HAITÍ: el viejo nombre pre-revolucionario, el original nombre arauaco retomado en la independencia o la forma actual más difundida. Cualquiera de ellos conjura imágenes y connotaciones encontradas. Por un lado, la más rica y exitosa colonia de plantación del siglo XVIII, la escena de la más espectacular y heroica rebelión esclava de la historia moderna, la primera república creada por una revolución en las Américas, a pesar de la rebelión de colonos británicos que creó a Estados Unidos. Por otro lado, las escenas contemporáneas de dictadura, inestabilidad política y pobreza abyecta arrojadas a nuestras pantallas televisivas por CNN y otras empresas mediáticas. Y por supuesto algo en el medio: la ocupación estadounidense de 1915 a 1934, las versiones inspiradas por Hollywood del vudú, Papá Doc, filas de refugiados en frágiles lanchas a los que se niega asilo en Estados Unidos por estar del lado equivocado de la Guerra Fría caribeña, y la invasión estadounidense de los ochenta, supuestamente para instalar la democracia y salvar al carismático cura católico Jean-Bertrand Aristide. Luego, en el bicentenario de la independencia, el derrocamiento y deportación del constitucionalmente electo Aristide, y el ciclo recomienza. Todas estas imágenes son, por supuesto, verdaderas. Aunque en los años recientes la singular lucha contra la esclavitud casi se ha olvidado a medida que el poder de los modernos medios de comunicación borra el pasado y dirige nuestra atención hacia el caos actual. Pero es una memoria arraigada profundamente en las mentes de los haitianos y de aquellos que entienden el papel de Haití y su revolución en la creación del moderno Caribe.

La Revolución Haitiana fue un hecho singular. Esto no significa negar o subestimar las luchas heroicas de otros que los precedieron en lo que un historiador ha llamado “la guerra de los doscientos años”.¹ Los

* Profesor en el History Department, Faculty of Arts, York University, Toronto, Canadá; e-mail: <dtrotman@yorku.ca>.

¹ Hilary Beckles, “The 200 years war: slave resistance in the British West Indies: an overview of the historiography”, *The Jamaican Historical Review*, 13 (1982); véase también del mismo autor, “Caribbean anti-slavery: the self-liberation ethos of enslaved blacks”, *The Journal of Caribbean History*, 22.1-2 (1988).

esclavos lucharon a lo largo del mundo atlántico, antes y después de 1804, para la plena liberación y contribuyeron con distintas luchas a su emancipación. Pero sólo en Saint Domingue sus esfuerzos colectivos lograron acabar con la esclavitud completamente, sin necesidad de compromisos con el orden colonial de plantación como habían hecho los luchadores cimarrones de Jamaica y Suriname.

En su clásico relato de la Revolución Haitiana, *The black jacobins*, C.L.R. James declaró:

La haitiana es la única revuelta esclava exitosa en la historia, y las dificultades que tuvo que superar evidencian la magnitud de los intereses que estaban involucrados. La transformación de los esclavos, temblando por centenares ante un solo hombre blanco, en un pueblo capaz de organizarse y derrotar a las naciones europeas más poderosas del momento es una de las grandes epopeyas de la lucha y el éxito revolucionario.²

A James, que escribía en 1938, con un ojo puesto en la resistencia al dominio colonial en África y su antena política abierta a los rumores de revolución, se le puede permitir el exagerado dramatismo de su poética y polémica afirmación. Muchos estudiosos modernos, menos guiados por los imperativos políticos que motivaban a James, o más precisamente, menos deseosos de desnudar sus inclinaciones político-ideológicas, y gozando del beneficio de toda una generación de investigación académica desde James, no se muestran tan impresionados por la magnitud de la revolución.³

Las líneas generales de la revolución son bastante bien conocidas, pero repito aquí algunos detalles para subrayar las condiciones que juntamente constituyeron la peculiaridad de la situación en Saint Domingue. Lo hago para exponer la naturaleza fracturada de la sociedad y por lo tanto la magnitud de la tarea que enfrentaron quienes planearon el derrocamiento de la sociedad esclavista. También subrayo la demografía, en especial el número y características de los arribos

² C. L. R. James, *The black jacobins: Toussaint L'Ouverture and the Santo Domingo revolution*, ed. rev., Nueva York, Vintage Books, 1963. Hay traducción al castellano, *Los jacobinos negros*, México, FCE, 2003.

³ La bibliografía en inglés sobre la Revolución Haitiana es enorme desde James. Para los principiantes sugiero a David Patrick Geggus, ed., *The impact of the Haitian Revolution on the Atlantic World*, Columbia, University of South Carolina Press, 2001; David Patrick Geggus, *Haitian revolutionary studies*, Bloomington, Indiana University Press, 2002; Carolyn E. Fick, *The making of Haiti: the Saint Domingue revolution from below*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1990; Michel-Rolph Trouillot, "From planters' journals to academia: the Haitian Revolution as unthinkable history", *The Journal of Caribbean History*, 25.1-2 (1991).

desde África, la repartición étnica, las formas en que estos nuevos arribos facilitaron el proceso por el cual los esclavos se unieron y el aprovechamiento de una ruptura en las estructuras de control y del lazo metrópoli-colonia. Esto para iluminar el nivel de estrategia política, ideológica y militar que caracterizó el curso de la lucha revolucionaria. La atención a estos detalles es un esfuerzo por rescatar el hecho de una tendencia a presentarlo como un levantamiento no planeado, espontáneo, caótico, guiado sólo por la rabia hacia los horrores de la esclavitud. En el empuje romántico que suscita la celebración de su éxito corremos el riesgo de disminuir la inteligencia política de la dirigencia haitiana.

Los franceses y la república criolla francófona de Haití compartían un territorio insular con la parte hispanófona, hoy República Dominicana. La frontera con la colonia española es uno de los conjuntos montañosos que ocupan unas cuatro quintas partes de la masa territorial de la Isla. Éste fue el sitio del primer asentamiento español en el Caribe en 1492. Los franceses llegaron a principios del siglo xvii, y después de varios intentos por expulsarlos, los españoles finalmente firmaron el Tratado de Ryswick en 1697. En éste se reconoció la parte occidental de la Isla como la colonia francesa de Saint Domingue, contigua a la española de Santo Domingo en la parte oriental.

La colonia francesa estaba dividida en tres unidades administrativas separadas, aproximadamente paralelas a las divisiones socioeconómicas y ecológicas de la colonia. La primera, la provincia del norte, ocupaba las llanuras, producía azúcar principalmente y estaba dominada por el próspero segmento de la élite dominante conocido como los *grands blancs*. La segunda, o provincia occidental, se hallaba al sur de la primera y en el centro de la colonia. Esta provincia estaba dividida en dos valles, la Artibonite y el Cul-de-Sac. Las propiedades eran aquí más pequeñas, las cosechas más variadas y dominadas principalmente por el segmento de la clase dominante conocido como los *petits blancs*. Y finalmente la tercera, la provincia del sur con su territorio escarpado y con colinas, donde se cosechaba café, añil y algodón y el grupo social dominante era la dinámica y propietaria gente libre de color, *gens de couleur libres* o *affranchis*. Tres partes ecológica, económica y socialmente distintas. Lo único que tenían en común era una población africana esclava, con su mayoría en la provincia del norte.

Juntas, las tres provincias hacían de Saint Domingue la más rica y exitosa de las colonias europeas en el Caribe del siglo xviii, y una joya de la Corona imperial francesa. En 1787 Saint Domingue dominaba la producción mundial de azúcar y café. Para 1789 había más de 7 000

plantaciones: unas 3 800 pequeñas —3 000 con añil y 800 con algodón—, 2 500 medianas con café y aproximadamente 800 grandes con azúcar. Este último producto, el azúcar, no sólo era la fuente real de la riqueza de la colonia, sino también el mayor consumidor de trabajo esclavo africano. En 1789 requería unos 4 100 barcos para trasladar estos productos entre la colonia y su metrópoli. El comercio colonial, incluyendo el comercio esclavo que llevaba estos africanos a Saint Domingue y transfería el producto de su labor a Europa, creó una inmensa riqueza para los comerciantes de ciudades portuarias francesas como Nantes, Orleans y Burdeos.

Parecía como si Francia tuviera su gallina de los huevos de oro. Pero esta gallina estaba encima de un profundamente agrietado edificio de miseria. Y desde 1789 Saint Domingue se vería envuelto en una serie de hechos que culminaron en un levantamiento masivo de esclavos, que dejaría al descubierto las grietas de este edificio y pondría fin a la vida productiva de la áurea gallina. Cuando el edificio se derrumbó por la insurrección de los esclavos, el temblor de sus ondas de choque fue oído y sentido a través de todo el mundo colonial americano.

Como el resto del Caribe, Saint Domingue era una creación de la expansión geopolítica de Europa y la expansión demográfica y cultural de África. Era una sociedad creada sobre la base de la migración forzada de africanos, compulsivamente organizados en la producción no para su propio consumo sino para la exportación a mercados extranjeros. Sus estructuras internas y sus relaciones con el exterior estaban diseñadas para sostener e impulsar esta razón de ser central. Pero bajo dicha apariencia de una típica sociedad caribeña basada en la esclavitud, con divisiones socioeconómicas tripartitas y conexiones metropolitanas, existían profundas fisuras que mostraron ser desastrosas a fines del siglo xviii.

La división dentro de la comunidad blanca representada por los ricos del norte y los blancos más pobres de la provincia occidental era quizás más profunda que la de cualquier otra sociedad caribeña de la época. Los *grands blancs*, que estaban estrechamente relacionados con el azúcar, la mayor fuente de riqueza de la colonia, eran un pequeño pero importante sector. Sentían que su posición económica les otorgaba enormes derechos y privilegios; aunque con el tiempo cada vez más se hicieron ausentistas y dejaron sus plantaciones a la administración de agentes, los que residían en sus plantaciones llevaban vidas de ostentosa grandeza, rodeados de numerosos esclavos, en los falsos mundos que imitaban el estilo de la aristocracia rural francesa.

Aquellos *grands blancs* que vivían en las áreas urbanas de Le Cap y Port-au-Prince se mezclaban a disgusto con los vagabundos, pequeños criminales, deudores y soldados de fortuna que acudían a Saint Domingue soñando con el éxito económico en una sociedad donde su único capital era el color de la piel. Los únicos que de hecho se igualaban socialmente con los plantadores en las ciudades eran los representantes de la burguesía marítima francesa y los burócratas nacidos en Francia que representaban al rey en la colonia. Pero no había ningún afecto entre los plantadores y estos recaudadores de impuestos y comisiones, de base urbana, que representaban el control político y económico metropolitano. Había incluso un sentido de diferenciación cultural, especialmente entre los blancos que tenían profundas raíces en la colonia desde su establecimiento y los nacidos en la Francia metropolitana.

Tampoco había simpatía entre los *petits blancs* y los *grands blancs*, en cuanto los primeros se sentían excluidos de la posibilidad de adquirir tierras y en sus aspiraciones a una posición social. Estos *petits blancs* eran descendientes de los *engagés*, los siervos contratados que habían suministrado mano de obra en los días pioneros de la colonia. También sentían amenazada su seguridad económica por los blancos nacidos en la metrópoli, que les levantaban barreras financieras y de otro tipo en su marcha hacia el progreso económico y social. Odiaban a aquellos representantes de los intereses políticos y económicos franceses mucho más que a los *grands blancs* locales, a los cuales por lo menos envidiaban. Además del color de la piel, todo lo que los dos grupos tenían en común era el desprecio por la gente libre de color y un odio nacido del miedo a los esclavos africanos.

El segundo gran agrupamiento era el de la gente libre de color, dividida entre los descendientes de la unión de negros y blancos y algunos negros que por distintos medios habían logrado su manumisión. Se diferenciaban de sus contrapartes del resto del Caribe tanto en número como en riqueza. Para 1789 estaban casi a la par con la población blanca. Subieron de 6 000 en 1770 a 27 500 en 1789. Habían crecido más de cuatro veces en unos veinte años. En 1789 sólo en Saint Domingue eran más que en el resto de las colonias francesas y el Caribe inglés juntos.

Relaciones sexuales frecuentes entre negros y blancos habían originado en Saint Domingue un amplio grupo de gente de color, el equivalente de los *free coloreds* del Caribe inglés y los mulatos de las colonias españolas. Es probable que las condiciones en la colonia, sobre todo antes de 1763, fueron lo suficientemente liberales como para

permitir que a muchos de estos vástagos y a sus madres les dieran la libertad sus padres y amantes. Había también muchas oportunidades para que otros, incluyendo a los negros, sacaran ventaja de las leyes y compraran su libertad. Pronto hubo una significativa población libre mulata y negra. Aunque los estudiosos todavía están divididos sobre los motivos una cosa es clara: como grupo eran más ricos que sus contrapartes en el resto del Caribe.

No sólo más numerosa y rica: la gente de color en Saint Domingue se convirtió en una amenaza para la población blanca y una espina en el costado de los *petits blancs*. Algunos de ellos se beneficiaron de la generosidad de sus padres pero la gran mayoría amasó capital y propiedades con trabajo duro y frugalidad. Para 1789 poseían una tercera parte de las plantaciones y un cuarto de la propiedad inmueble de la colonia. Aquellos que no se dedicaban a la agricultura habían desplazado a los blancos sin tierra de los oficios y profesiones dentro y fuera de las plantaciones. Pero había más que esto. Después de 1763 se convirtieron en los principales propietarios de plantaciones en las nuevas regiones productoras de café del montañoso oeste y sur de la colonia. Esto hacía de ellos no sólo propietarios de esclavos sino también empleadores de trabajo entre los *petits blancs* sin tierra. Más aún, se hicieron acreedores de aquellos blancos necesitados de efectivo, endeudados muchos de ellos en las casas comerciantes metropolitanas.

A su manera, hombres y mujeres libres de color habían ascendido en la escala económica de forma rápida y asombrosa. Ahora buscaban el reconocimiento social. Para 1763 había por lo menos trescientos plantadores blancos casados con mujeres de color. Un casamiento por debajo de la situación social puede haber sido el medio de salvar una plantación económicamente amenazada. En otras palabras, vender la proximidad al color de piel a quienes necesitaban ese pasaporte. Para la mujer de color posiblemente significaba invertir su arduamente ganado capital en un matrimonio de conveniencia que le aportaría ganancias económicas y dividendos sociales para ella y su descendencia. Aunque también había maneras más formales de adquirir derechos políticos y respeto social.

Los intentos por acceder a ambos, que los *affranchis* consideraban les correspondían por su situación económica, fueron vigorosamente rechazados por la comunidad blanca. Durante los casi treinta años previos al levantamiento en Saint Domingue se vieron sostenidos y crecientes esfuerzos por mantener a este grupo ascendente en su debido lugar en la jerarquía basada en la raza de la sociedad colonial. Se legisló para lograrlo y para recordar a los *affranchis* sus orígenes.

Pero estas regulaciones iban también dirigidas a asegurar una distancia entre los liberados y los esclavizados. Se impusieron restricciones a su continuo desarrollo financiero y su liberación política. Había otras leyes que hacían de ellos casi los únicos cazadores de esclavos y eran obligados a servir en la milicia, donde debían soportar a oficiales blancos. Junto con éstas había un número de leyes que regulaban la interacción entre los *affranchis* y todos los blancos, asegurando con una serie de pequeñas medidas punitivas que no olvidaran su lugar. Estas regulaciones suministraban una base para la alianza de ambas clases de blancos contra un enemigo común.

La gente libre de color en vísperas de la revolución era un grupo hostigado y frustrado. Su única esperanza era el Parlamento francés o Estados Generales, que en 1789 se inclinaba hacia los blancos y no era especialmente favorable a sus peticiones. Más aún, había divisiones económicas entre el grupo y divisiones basadas en el fenotipo, las cuales no facilitaron un frente siempre unido. Pero mientras los *affranchis* tenían numerosas quejas específicas contra la sociedad colonial, no estaban totalmente en contra del orden colonial. A pesar de todos sus problemas, muchos de los *affranchis*, como propietarios de esclavos, se veían a sí mismos en alianza de clases con los otros propietarios de esclavos más que con éstos.⁴

Para 1789 la población esclava de Saint Domingue era un poco inferior al medio millón, lo cual representaba 85% de la población total. De acuerdo con la base de datos sobre el tráfico de esclavos atlántico del Instituto DuBois Atlantic, entre 1726 y 1796 los tratantes de esclavos blancos depositaron unos 646 986 africanos en Saint Domingue.⁵ Existieron periodos de masiva importación de trabajo esclavo. Entre 1751 y 1755 hubo 56 348 arribos y otros 191 510 entre 1764 y 1775. Otro gran periodo de masiva importación fue el de 1776-1778, tan sólo en estos tres años llegaron 63 453. La mayoría de los arribos se dio entre 1784 y 1791, cuando 260 732 africanos fueron desembarcados en la colonia. En esos ocho años que condujeron al levantamiento, los africanos llegaron en un promedio de 32 000 por

⁴ Sobre los *affranchis* véase John D. Garrigus, "Redrawing the colour line: gender and the social construction of race in pre-revolutionary Haiti", *The Journal of Caribbean History*, 30.1-2 (1996); y del mismo autor, "Colour, class and identity on the eve of the Haitian Revolution: Saint Domingue's free coloured elite as *colons américains*", *Slavery and Abolition*, 17.1 (1996).

⁵ David Eltis, Stephen D. Behrendt, David Richardson y Herbert S. Klein, *The trans-Atlantic slave trade: the W. E. B. DuBois database in cd-Rom*, Nueva York, Cambridge University Press, 1999.

año. Era un ritmo inigualado en cualquier otra colonia esclavista de la época.

No había tiempo para estacionar, como los europeos llamaban al periodo de ajuste y aclimatación que seguía a los arribos de africanos, antes que fueran arrojados de lleno a la rutina mortal de la plantación. La expansiva producción de azúcar y café demandaba este tipo de maniobra. Pero además, como el Saint Domingue del siglo XVIII era un infierno que famélicamente tragaba vidas africanas, los arribos eran necesarios para reponer la fuerza de trabajo. Así pues Saint Domingue tenía una población de africanos no asimilados al ritmo de la vida esclava caribeña. Había poco tiempo u oportunidad para elaborar los tipos de compromiso y acomodo que hacían trabajar el sistema: el terror, la violencia y la fuerza bruta estaban a la orden del día más que en cualquier otra colonia caribeña a fines del siglo XVIII. Los plantadores franceses de Saint Domingue estuvieron a la altura del reto y se crearon una reputación por la inventiva de prácticas de crueldad y maldad. Ni siquiera el Código Negro, aprobado por primera vez en 1685 y revisado en 1785, que trataba de controlar el excesivo castigo a los esclavos, pudo detener realmente las prácticas de esa depravada imaginación. Impulsados por el miedo y la avaricia y despreocupados por el costo de capital, los propietarios de esclavos de Saint Domingue se abrieron camino a través de vidas africanas y sentaron las bases de su propia destrucción. Vistos en retrospectiva, los esclavos africanos eran una bomba de tiempo que esperaba explotar.

Esta comunidad africana tenía también sus fracturas, pero eran esencialmente étnicas y culturales. Étnicas en referencia a la diversidad de los arribos africanos y culturales en referencia a la división entre esclavos criollos y nacidos en África. El número de esclavos criollos, es decir nacidos en la isla, era pequeño. Saint Domingue en vísperas de la revolución tenía probablemente en el Caribe el mayor porcentaje de esclavos nacidos en África: dos de cada tres esclavos y la amplia mayoría de los jóvenes varones.

Pero más importante aún era que el componente africano, aunque diverso como el de otras poblaciones caribeñas, tenía dos concentraciones dominantes derivadas de dos grupos étnicos africanos específicos: los del África centro-occidental y del Golfo de Benin. Entre 1726 y 1750, 33% de los arribos fueron del Golfo de Benin y 26% de África centro-occidental. En el periodo de 1751 a 1775 los centro-occidentales fueron 53% y los del Golfo de Benin 23%. En el periodo de 1776 a 1791, 44% centro-occidentales y 17% de Benin. De tal modo estas dos áreas dominaban y dieron a la cultura afrocriolla su forma.

Pero había divisiones en el grupo. Entre aquellos colectivamente conocidos como del Golfo de Benin había hablantes de yoruba provenientes del imperio Oyo y hablantes de fon provenientes del reino de Dahomey. Éste había sido vasallo de Oyo hasta que se separó y conquistó su independencia. De este modo en Saint Domingue había hablantes de fon vendidos a los europeos por tratantes yoruba, y posteriormente hablantes de yoruba vendidos a los europeos por tratantes de Dahomey. Inclusive entre los arribos de África centro-occidental había fuertes divisiones y animosidades. Los centro-occidentales provenían de sociedades profundamente desgarradas por la guerra civil y la inestabilidad política general originada en la trata. Entre los esclavizados que desembarcaron en el Caribe había anteriores enemigos de viejos conflictos africanos.

Tal era el fracturado estado de los principales actores de Saint Domingue en la época de la revolución. Saint Domingue era una caja de material inflamable que esperaba una chispa. Esta chispa sería encendida primeramente más allá del Atlántico, en las calles de París. Y cuando encendió el Caribe, la sociedad plantadora haitiana quedaría consumida en una conflagración que arrojó sus cenizas por todo el mundo atlántico.

La Revolución Francesa, que tuvo como punto de partida los Estados Generales de 1789, no sólo derribó la monarquía y destruyó finalmente el feudalismo francés, sino que desató una serie de acontecimientos que tuvieron consecuencias de largo alcance del otro lado del Atlántico. La nueva Asamblea Nacional que surgió de los Estados Generales aprobó una serie de revolucionarias medidas legislativas, que incluyeron el otorgamiento a los *affranchis* de Saint Domingue de muchas de las libertades políticas y sociales por las cuales habían estado luchando durante décadas. Esto estaba en sintonía con la Declaración de los Derechos del Hombre, inspirados por la consigna del movimiento: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Pero éstas, útiles para limpiar la casa feudal en Francia, harían que la residencia colonial de Saint Domingue ardiera con un fuego que la echaría abajo.

Libertad, Igualdad, Fraternidad no se traducían bien cuando cruzaban el Atlántico. No podían en una sociedad cuya riqueza y estructura social estaba basada justamente en la antítesis de esta consigna. Cada grupo la tradujo para que sirviera a sus necesidades en la sociedad colonial. Para algunos blancos la revolución en Francia significaba el fin del control político y económico de la monarquía y de la burguesía marítima. Pero los *petits blancs* la vieron no sólo como el fin del control metropolitano, sino también como un medio de legitimarse po-

líticamente ellos, y no sólo los blancos ricos. Para los *affranchis* significaba el fin de las prácticas discriminatorias que impedían su ascenso económico y social y la adquisición de plenos derechos como ciudadanos. Para ninguno de estos grupos significaba la libertad de los africanos esclavos. Entre 1789 y 1791 los blancos libres y la gente de color lucharon entre sí para afianzar sus propias ideas de libertad, igualdad y fraternidad en una sociedad esclavista. Incluso usaron esclavos en sus ejércitos para sus luchas por el control de Saint Domingue.

El 27 de agosto de 1791 los esclavos de las llanuras del norte se rebelaron contra todos los esclavistas. Los más oprimidos de la sociedad entraron al ruedo para defender con sus armas y vidas su visión de la libertad, igualdad y fraternidad. Entre 1791 y 1804, cuando Saint Domingue se convierta en la libre República de Haití, la colonia estará sumida en un profundo caos pero una cosa permanecerá siempre en la agenda: libertad para los esclavos.

Los años de 1791 a 1804 serán confusos no sólo por el número de participantes en el terreno sino también por algunas de las contradictorias posiciones y acontecimientos. Durante este tiempo los esclavos no sólo tendrían que combatir a los partidarios locales de la esclavitud, de todos los colores, sino también a ejércitos británicos y españoles que invadieron la colonia para aprovechar el caos para sus propios fines, y al ejército francés enviado por Napoleón Bonaparte, que trató de reimplantar la esclavitud después que la Asamblea Nacional, en respuesta a los acontecimientos de la isla, la aboliera en 1794.

Por supuesto ésta fue sólo la fase de abierta confrontación en una batalla por la libertad que se había combatido desde que hubo esclavos en la colonia. Como sus contrapartes en otros lados, los esclavos se embarcaron en todo tipo de actividades de resistencia al yugo. Los otros intentos de confrontación armada habían ocurrido en un periodo anterior de la historia de la colonia. Uno fue en fecha tan temprana como 1522, cuando la Isla estaba bajo gobierno español y antes de la introducción de masivas cantidades de esclavos africanos. Otros cuatro intentos se dieron entre 1679 y 1704, pero todos fueron rápidamente aplastados. Y aunque siguió habiendo conspiraciones, ninguna alcanzó siquiera la etapa de abierta rebelión. La colonia era famosa por la cantidad de envenenamientos que los esclavos practicaban contra sus amos y contra su ganado. Además el cimarronaje fue un rasgo permanente hasta la víspera misma de la revolución. Ha habido algún debate sobre el papel de esta actividad cimarrona prerrevolucionaria y su importancia para la revolución. El debate va a proseguir algún tiempo más, especialmente porque los argumentos de los historiadores ri-

vales son igual de convincentes. Pero no hay duda que el ejemplo prerrevolucionario de cimarrones como el famoso Mackandal ayudó a conformar la cultura de la resistencia que acompañó el levantamiento de 1791.

Uno de los logros prominentes de la Revolución Haitiana es la forma en que los oprimidos, incluyendo a las gentes libres de color, superaron las divisiones en la comunidad para montar un frente unido. La actitud de los libres de color hacia la revuelta fue una de las más confusas. Como propietarios, al principio estuvieron con los blancos para apoyar la continuación de la esclavitud. Sin embargo, algunos de ellos participaron en la planeación inicial de la revuelta esclava de 1791 y cambiaron de bando cuando se dieron cuenta de que la noción de restauración de la esclavitud de Napoleón Bonaparte incluía la pérdida de sus recientemente ganados derechos y su esclavización.

La primera señal de unidad o de una alianza entre los divididos esclavos así como una alianza con algunos elementos de los libres de color fue en la famosa ceremonia de Bois Caïman, que señaló el comienzo de la revuelta.⁶ La insurrección que estalló en agosto de 1791 no fue una erupción espontánea sino que tenía detrás un largo periodo de estrategia y planeación. A medida que la colonia era consumida por los disturbios civiles de 1789 a 1791, los dirigentes de la revuelta estaban evidentemente esperando la oportunidad para exigir su libertad. Habían estado planeando cuidadosamente y manteniendo encuentros clandestinos los domingos para discutir los tiempos y la estrategia. En agosto de 1791 unos doscientos representantes de los esclavos de la provincia del norte sostuvieron dos encuentros importantes. En el primero sus dirigentes, entre los cuales estaban Boukman Dutty, Jeannot Bullet, Jean-François y Georges Biassou, se encontraron en la hacienda Lenormand en Morne-Rouge y decidieron que el 22 de agosto sería el día del levantamiento general. Después de este encuentro y el mismo día, muchos de ellos si no todos se reencontraron en Morne-Rouge, no lejos de su primer punto de reunión, y bajo los auspicios de una ceremonia vudú conducida por Cécile Fatiman, una sacerdotisa mulata vudú de ojos verdes, solemnizaron su acuerdo con un juramento.

La ceremonia de Bois Caïman no sólo fue una manera de señalar su resolución, sino también, algo más importante, fue la construcción simbólica de una alianza interclasista o interétnica. Porque en el encuentro y en la ceremonia había representantes de todos los diversos

⁶ Para una discusión de esta ceremonia véase David Geggus, "The Bois Caïman Ceremony", *The Journal of Caribbean History*, 25.1-2 (1991).

grupos oprimidos de Saint Domingue. Como muchos aspectos de la Revolución Haitiana, los detalles exactos son todavía motivo de debate entre los historiadores, pero lo que queda claro es que un número de importantes elementos de la ceremonia provenían de rituales comunes en varias sociedades africanas. Éstos incluían el sacrificio del cerdo, el juramento de sangre, el uso de algunas partes para hacer talismanes o protecciones para usar en la batalla. La ceremonia de Bois Caïman fue importante no sólo para simbolizar la alianza entre las diferentes etnias africanas, sino también entre africanos y criollos. Muchos de éstos eran libres de color y se distinguieron entre la dirigencia. De tal modo la ceremonia tuvo que contar no sólo con símbolos africanos, sino también con símbolos con los cuales los criollos pudieran relacionarse. Dominaban los africanos, pero entre ellos pudieron introducirse algunos símbolos cristianos por obra de centroafricanos, ya que el cristianismo había sido un rasgo de su cultura desde hacía un siglo por lo menos.⁷

Había otro elemento africano que desempeñó un papel importante en la lucha por la libertad. La mayoría de los historiadores que se asombran de la capacidad de los esclavos para enfrentar y derrotar no sólo a milicias locales sino también a ejércitos entrenados de España, Inglaterra y Francia, olvidan dar cuenta del trasfondo militar africano de los esclavos. Muchos de los recientemente llegados provenían predominantemente de dos de las principales regiones donde se estaban dando intensas confrontaciones militares. El Golfo de Benin era un área donde dos Estados imperiales, el mayor y más antiguo imperio de Oyo y el secesionista Dahomey, habían permanecido en conflicto durante la mayor parte del tardío siglo XVIII. Los que provenían de la región del Congo habían estado envueltos intermitentemente en guerras desde 1655, y los últimos llegaban de un estallido particular que duró desde 1760 a 1794. Muchos eran veteranos de guerra, soldados que habían tenido la desgracia de caer prisioneros en batalla y ser vendidos a tratantes europeos, tanto para expulsar una posible fuente de venganza como para comprar armas y continuar la guerra. Llegaban pues con experiencia militar que incluía el conocimiento de armas y tácticas europeas,

⁷ Véase Robin Law, "On the African background to the slave insurrection in Saint Domingue (Haïti) in 1791: the Bois Caïman ceremony and the Dahomian 'blood pact'", texto presentado en la York University, Toronto, noviembre de 1999, DE: <<http://www.yorku.ca/nhp/seminars/seminars/law.rtf>>; Hein Vanhee, "Central African popular Christianity and the making of Haitian Vodou religion", y Terry Rey, "Kongolese Catholic influences on Haitian popular Catholicism: a sociohistorical exploration", ambos en Linda M. Heywood, ed., *Central Africans and cultural transformation in the African diaspora*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

un sentido de la disciplina militar y sin duda un cuadro de dirigentes. Fueron estos veteranos de las guerras de África, que estaban adaptando técnicas y estilos para adecuarse al nuevo medio y al nuevo enemigo, los que desempeñaron un papel crucial en la Revolución Haitiana.⁸

Los diferentes grupos aportaron distintas habilidades a los esfuerzos revolucionarios. Las gentes libres de color que habían tenido la carga de la milicia obligatoria pudieron usar en la lucha esta experiencia en los estilos y tácticas militares europeos. Los africanos aportaron sus experiencias militares en África y suministraron la fuerza básica. Y los puestos dirigentes fueron desempeñados por criollos y por aquellos que habían ocupado posiciones que requerían habilidad o mando durante la esclavitud. Irónicamente, en muchos casos como capataces o, como se les llamaba, comandantes: acostumbrados a controlar cuadrillas de trabajo, ahora podían aplicar esta experiencia a la tarea de controlar escuadrones de combate. Las circunstancias crearon muchos dirigentes, por supuesto, pero fueron aquellos que durante la esclavitud habían tenido posiciones de confianza y responsabilidad los que alcanzaron importantes papeles en la revolución. Los que habían tenido oportunidad de moverse libremente entre los blancos aplicaron su conocimiento de la sociedad blanca para uso militar en beneficio de la revolución.

Toussaint L'Ouverture surgió como el dirigente de la revolución después de la lucha inicial. Había sido libre por unos veinte años antes de la revolución y había tenido por lo menos un esclavo, quizás gozando de su pertenencia a una línea real africana. También había rentado esclavos y propiedades, servido como cochero en las plantaciones Breda, lo que le había dado la movilidad y capacidad de desplazarse libremente entre plantaciones y entre áreas urbanas y rurales. No fue sino en 1793 que emergió como dirigente de la rebelión para canalizar la rabia, frustración y energía de los oprimidos. Para 1798 los había llevado a la plena victoria en Saint Domingue tras derrotar a la milicia local, a fuerzas realistas de Francia, a un ejército invasor español desde Santo Domingo y a otro inglés. Para 1798 los antiguos esclavos tenían pleno control de Saint Domingue.

Pero Toussaint, que creía en los objetivos de la Revolución Francesa, quería continuar una relación con lo que pensaba era la Francia revolucionaria, al parecer ignorante del giro reaccionario que había tomado. En 1802 aceptó imprudentemente los falsos acercamientos

⁸ Sobre los soldados africanos en la revolución, véase John K. Thornton, "African soldiers in the Haitian Revolution", *The Journal of Caribbean History*, 25.1-2 (1991).

de Napoleón Bonaparte, quien lo secuestró y deportó a Francia, donde murió en la cárcel. En ese momento tomó el mando de la revolución Jean Jacques Dessalines, que todavía tenía en la espalda las cicatrices de los latigazos recibidos de su amo negro. Llevó adelante una devastadora guerra contra las tropas francesas enviadas por Napoleón Bonaparte bajo el mando de su cuñado el general Leclerc para restablecer la esclavitud. La guerra fue larga y amarga y Saint Domingue devastada, sus odiadas plantaciones de azúcar completamente destruidas, así como amplias zonas urbanas. Cuenta la leyenda que Dessalines arrancó el blanco de la tricolor francesa, dejando sólo las franjas azul y roja para formar la bandera haitiana cuando declaró la independencia el 1º de enero de 1804.

Una rebelión esclava exitosa. La primera auténtica revolución de las Américas, ya que la rebelión de las colonias inglesas en 1776 simplemente continuó el viejo sistema colonial con nuevos amos locales. La segunda república en ser establecida en las Américas, pero ahora controlada por negros, ex esclavos y descendientes de esclavos. Era la realización de las peores pesadillas de los dueños de esclavos en el mundo atlántico, que induciría lo que un estudioso ha llamado “conciencia atemorizada”.⁹ La existencia de Haití serviría como una advertencia hacia todos aquellos que tenían en servidumbre a otros seres humanos y como un faro para los humanos tenidos en servidumbre en las Américas. Las oleadas serían sentidas de muchas maneras durante los siguientes años. Estos hechos tendrían repercusión en las guerras de independencia de América Latina a principios del siglo XIX, los haitianos también pondrían fin a la esclavitud en la vecina colonia de Santo Domingo y contribuirían al abandono de la esclavitud en el Caribe inglés, por su influencia en las rebeliones que precedieron inmediatamente la emancipación de los esclavos en las colonias inglesas. El espectro de Haití persiguió a los propietarios de esclavos en el mundo atlántico, como han señalado en sus trabajos Steeve Coupeau, Jordan Lewis Reed y Verene Shepherd, pero también, como ilustró Mary Niall Mitchell, permitió a aquellos que osaban soñar con la libertad, incluso entre los jóvenes, construir nuevos “mapas de libertad”.

La nueva república pagaría en los siguientes años un alto precio por su audacia, no sólo al sacudir hasta los cimientos la casa que los esclavistas habían construido, sino también al amenazar las nociones racistas que se habían convertido en parte esencial de las decoraciones de esa casa. Haití pasaría las próximas seis décadas del siglo XIX aisla-

⁹ Anthony P. Maingot, “Haiti and the terrified consciousness of the Caribbean”, en Gert Oostindie, ed., *Ethnicity in the Caribbean*, Londres, Macmillan Education, 1996.

do, por miedo a que su audacia se contagiara en el mundo colonial. Sería un aislamiento sólo roto por mercaderes inescrupulosos que explotarían, y se beneficiarían, de las tendencias implosivas que invadirían la nueva nación, a medida que los elementos centrífugos de la vieja sociedad, temporariamente detenidos por la revolución, reemergían, contagiaban y corrompían el cuerpo político del nuevo Estado. Pero sería también un aislamiento roto por los mismos haitianos en sus esfuerzos por reinsertarse por lo menos en la comunidad atlántica de naciones, como ha demostrado con habilidad Thor Burnham.

Los haitianos también pagarían económicamente, en cuanto acordaron una indemnización de ciento veinte millones de francos a Francia en compensación por las vidas y propiedades francesas perdidas en su lucha por la emancipación. Esta indemnización fue una carga sobre el tesoro hasta finales del siglo XIX, y fue impuesta al campesinado combatiente, que debió pagarla por sobre la sangre, sudor y lágrimas de sus antepasados. Si se debe defender un caso de reparaciones, es éste.

En la segunda mitad del siglo XIX, la nueva nación también experimentaría persistentes ataques a su soberanía e insultos a su nacionalidad e independencia por parte de las naciones europeas dominantes de entonces, que interfirieron en la política haitiana y en ocasiones bombardearon sus ciudades, puertos y flota. Todo ello ofrecería el contexto y el pretexto para una invasión y una ocupación norteamericana de diecinueve años, durante la cual la constitución haitiana fue reescrita para facilitar la entrada y protección del capital estadounidense. Durante esta ocupación, 1914-1935, el Estado haitiano y sus órganos represivos fueron modernizados de manera que el ascenso de François Duvalier y su infames *tonton macoutes* sólo puede ser leído como un resultado inevitable.

La animosidad contra Haití sólo en parte se debía al ejemplo que presentaba de una república negra autogobernada. Seguramente una rebelión exitosa de esclavos en una región aún dominada por esclavistas era molesta. Pero sólo en parte, porque después de todo las naciones europeas tenían una larga práctica por haber interactuado durante siglos con entidades políticas negras autogobernadas en África antes de la colonización formal. Habían traficado, firmado acuerdos comerciales y reconocido arreglos políticos con numerosos comerciantes, jefes de Estado y dirigentes militares y políticos en el África independiente mucho antes que Haití creara un Estado africano o neoafricano en el Caribe y dislocara el mundo atlántico dirigido por europeos. Porque esta amplia población, al adueñarse de su libertad, creó una coherente e integrada cultura de africanos libres en la tierra que habían liberado

con sus propias manos. Pero sus valores, orientación y preocupaciones los pusieron en conflicto con ese segmento de la sociedad y de las fuerzas internacionales que después de la independencia aún aspiraba a un Haití organizado económicamente como el Saint Domingue del antiguo régimen.

La animosidad contra Haití tenía más que ver con el segmento de la población haitiana —el libre campesinado rural que declaraba enfáticamente su desinterés por participar en una economía mundial en los términos y condiciones establecidos por los agroproductores caribeños desde la puesta en marcha de la “empresa de Indias”, y especialmente desde 1640, con la introducción del azúcar. Lo que generó esa animosidad fue el rechazo del reconstituido campesinado haitiano a participar en la economía mundial como productor principal de alimentos para mercados distantes, y su insistencia en la producción local y por lo tanto en revertir doscientos años de orientación económica. Más molesta todavía era la obvia incapacidad del Estado haitiano para hacer que el campesinado cooperara y desempeñara la función que le habían asignado. Ni su amado Toussaint ni el respetado Dessalines pudieron hacer que cooperaran sin coerción para revivir la economía de plantaciones.¹⁰

En otras palabras, si los administradores del Estado, centrados en Puerto Príncipe, hubieran podido garantizar y asegurar la participación de los haitianos en la economía mundial como productores primarios, el resto del mundo se habría tragado su racismo, mantenido a raya su antagonismo y, con una pizca de azúcar, habrían aceptado a Haití. Los europeos habían aceptado a los tratantes de esclavos africanos con los cuales habían trabajado tan bien tanto tiempo desde el siglo xvii. En el siglo xviii estuvieron dispuestos a firmar tratados con sociedades triunfantes de cimarrones, garantizando su integridad territorial y su viabilidad económica mientras los cimarrones continuaran su relación simbiótica con el sistema de plantaciones, y en particular que detuvieran la hemorragia de fuerza de trabajo y aceptaran convertirse en cazadores de esclavos y devolver a los fugitivos. En el siglo xx Estados Unidos aceptó la barbarie del negro Duvalier antes que dar una oportunidad a las fuerzas desatadas por el blanco Fidel Castro en Cuba. En el siglo xix el problema era un incompetente e inseguro Estado haitiano y un campesinado desobediente, no sólo el racismo.

¹⁰ Mats Lundahl, “Defense and distribution: agricultural policy in Haiti during the reign of Jean-Jacques Dessalines, 1804-1806”, *Scandinavian Economic History Review*, 32.2 (1984); y del mismo autor, “Toussaint L’Ouverture and the war economy of Saint Domingue, 1796-1802”, *Slavery and Abolition*, 6.2 (1985).

No debemos permitir que el excesivo orgullo racial por el pasado ni la repugnancia por el presente impidan una plena apreciación del significado de Haití. No hay duda que la gente de origen africano siente por él una relación especial. Pero debemos ser cuidadosos al aclamar a Haití como una república negra en no minimizar el llamado universalista enfatizando sólo lo particular, sólo la “negritud” de Haití; o puede contribuir en mucho a la trampa del silencio. Haití fue mucho más que eso. La Revolución Haitiana fue una lucha por la dignidad humana. Cometeríamos una gran falta hacia ella si la viéramos *sólo* como un triunfo de los negros contra la tiranía blanca. También deberíamos evitar la parálisis de la vergüenza. Después de todo no es sorprendente que aquellos que se identifican sólo sobre la base de la raza vean pocos motivos en el presente para el orgullo o la celebración. Informes de inestabilidad política, de ingobernabilidad o dictadura ahora se combinan con escenas de empobrecimiento económico, refugiados que arriesgan su vida en lanchas, en esfuerzos desesperados por alcanzar las costas estadounidenses (y a veces otras costas caribeñas) y degradación ambiental. Dominan nuestras escenas televisivas y compiten entre sí para silenciar la heroica lucha por la libertad que fue, que es, la Revolución Haitiana.

Estas palabras son seguramente parte de la lucha por romper ese silencio. Pero no debemos romper el silencio histórico sobre la contribución de Haití y reemplazarlo por un ruido sin información producido sólo por la emoción. Con esto quiero decir que al rescatar la experiencia haitiana del descuido a que ha sido sometida no debemos pintar con exceso de tonos románticos ese pasado e ignorar las realidades del presente. C.L.R. James, quien por primera vez sacó la revolución de su inmerecida oscuridad en la academia inglesa, una oscuridad censurada por aquel otro notable estudioso haitiano, Michel-Rolph Trouillot, observó en 1938 que “una raza venal de académicos, pirateando mimos a la vanidad nacional, ha conspirado para oscurecer la verdad sobre la abolición”. Su antes protegido Eric Williams, en su innovador estudio sobre los aspectos económicos de la abolición del tráfico de esclavos, *Capitalismo y esclavitud*, también se quejó de “los hombres que han sacrificado el estudio al sentimentalismo y, como los escolásticos de antaño, antepuesto la fe a la razón y la evidencia”.¹¹ No debemos reemplazar el silencio con el estudio sentimentalista ni sustituir con perogrulladas reconfortantes la brutal honradez. Por honradez

¹¹ James, *The black jacobins* [n. 2], p. 51; Eric Williams, *Capitalism and slavery*, Durham, University of North Carolina Press, 1944, p. 178; Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the past: power and the production of history*, Boston, MASS, Beacon Press, 1995.

entiendo la voluntad de exigir que todo estudio sobre Haití derive de las realidades haitianas, con manchas y todo. Tampoco debe derivarse un análisis de paradigmas impuestos desde afuera y que son respuestas a nuestras propias necesidades psicológicas y políticas, miedos, esperanzas e imaginaciones hiperactivas.

En esta conmemoración de los doscientos años debemos insistir en considerar la Revolución Haitiana junto con otros acontecimientos —las revoluciones estadounidense, francesa, rusa, mexicana, china, cubana, y la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica— que independientemente de sus resultados fueron esfuerzos dirigidos a liberar a la humanidad de la tiranía y la opresión, fueron esfuerzos en que la gente común enfiló sus vidas hacia la esperanza de vivir ellos y sus descendientes vidas de dignidad humana. La lucha continúa, pero la Revolución Haitiana puede tener un honorable y merecido lugar en la historia de la lucha del hombre por ser humano.

Por esto, si no por otra cosa, estos hechos de hace doscientos años deben significar. Verene Shepherd, de la Universidad de las Indias Occidentales, ha señalado un incidente ocurrido en 1817. Un propietario de esclavos jamaicano se dirigió al presidente de Haití para reclamar el regreso de seis esclavos que habían escapado en lancha a Haití. La respuesta del presidente tuvo tonalidades reminiscentes de William Davy, quien ante el juez mayor Mansfield, en el sonado caso Somerset, declaró que “Inglaterra tiene un aire demasiado puro para que lo respiren esclavos”.¹² El presidente haitiano declaró que, de acuerdo con el artículo 44 de la constitución, esos hombres se habían convertido inmediatamente en haitianos por haber puesto pie en el libre suelo de Haití. Y, lo que está más relacionado con mi discusión, continuó: “Si hubiera entre los hombres que Ud. menciona alguno que haya cometido *crímenes contra los derechos del hombre*, ellos serán, si me ofrece pruebas de sus crímenes, entregados a los tribunales establecidos para el propósito de investigarlos de acuerdo con las leyes locales del país, del que ahora son ciudadanos”.

Sin ceder un palmo de soberanía, el presidente reafirmaba una preocupación central para la nueva nación, los derechos del hombre. Esas personas que los esclavistas de Jamaica querían convertir en “cosas” y considerar propiedad eran ahora ciudadanos de la nueva nación, dotados de derechos inalienables pero responsables ante las leyes si hubieran cometido crímenes contra los derechos del hombre.

¹² David Brion Davis, *The problem of slavery on the age of revolution, 1770-1823*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1975, p. 472.

Haití representaba el repudio de todos aquellos valores o instituciones que se habían convertido en la praxis fundacional del mundo atlántico. El nuevo Estado puso en la agenda no sólo la abolición de la esclavitud y el significado de la libertad sino también asuntos de soberanía, el modelo de desarrollo económico y la integridad cultural en sociedades multiculturales, hoy discutidos en muchas sociedades del Caribe y circuncaribe. También tocaba el significado de la ciudadanía y los modos en que la complican la raza, el género, la clase, el color y la etnicidad. Son todavía cuestiones de importancia.

Y aquí está tanto el legado de Haití como la deuda que debemos a esa revolución. Porque si creemos que debemos algo a esos haitianos que dieron sus vidas por su libertad y en el proceso pusieron en marcha acontecimientos que en último término resultaron en la emancipación general en el mundo atlántico, entonces es nuestra responsabilidad ser rudamente honestos sobre el pasado y vigilantes sin desmayo sobre el presente. Aquellos de nosotros que somos afortunados herederos de los resultados de las acciones de los luchadores de la libertad del Saint Domingue del siglo XVIII debemos dar a los actuales haitianos el apoyo estratégico que contribuya a sus luchas para beneficiarse plenamente de los sacrificios supremos hechos por sus antepasados. Por lo menos debemos comprometernos en nuestras sociedades y comunidades en acciones que defiendan las libertades que hemos heredado y tratar de extender y consolidar de todos los modos posibles una cultura que coloque la dignidad humana para todos por encima de la acumulación privada de riqueza para pocos. Del mismo modo que el mundo progresista se organizó para apoyar la lucha por erradicar aquella otra mancha sobre la dignidad humana y los derechos del hombre, es decir el *apartheid* en Sudáfrica, las fuerzas progresistas del mundo deben empezar a entender la necesidad de organizarse internacionalmente para completar la Revolución Haitiana. “Rompiendo el silencio” es un paso en esa dirección.

Traducción del inglés por Hernán G. H. Taboada